

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

- No fueron golpes - dijo Sanchez -, sino que la peña tenía muchos trozos y topaciones, y que cada uno había hecho su cardenal.

Y también le dijo:

- Haz veinte merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haga menester, que también me duelen a mí un poco los lomos.

- De esa manera - respondió la ventosa -, también debísteis vos de caer.

- No caí - dicho Sanchez Panza -, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

- Bien podré ser yo - dijo la doncella -, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caigo de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiese caído.

- Ahí está el truco, señora - respondió Sanchez Panza -, que yo, si soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos miembros de debiles que mi señor don Quijote.

2

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

—¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quixote de la Mancha — respondió Sancho Pansa —, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de muchos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? — respondió Sancho Pansa —. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apalabado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siendo de este tan buen señor — dijo la ventera —, no tenéis, a lo que parece, si quier algún condado?

—Aún es temprano — respondió Sancho — porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea; y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi señor Don Quixote sana de esta herida... o caída y yo no quedo contrahecho de ella, no trocaría mis esperan-

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

zas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

-Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes: que los de esta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Martines oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíanle otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Martines uró a Saúcho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sossegados

(4)

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

los huéspedes y durmiendo sus
años, le iría a buscar y satis-
facerle el gusto en cuanto le
mandase. Y cuéntase de esta
buena moza que jamás dio
semejantes palabras que no las
cumpliese, aunque las diese en
un monte y sin testigo alguno,
porque presumía muy de hidalga,
y no tenía por afrenta estar en
aquel ejercicio de servir en la venta,
porque decía ella que desgracias
y malos sucesos la habían traído
a aquel estado.

El duro, estrecho, apocado y femer-
tido lecho de don Quijote estaba
primero en mitad de aquel estre-
llado establo, y luego junto a él
hizo el suyo Sancho, que sólo conte-
nía una estera de enea y una
manta, que antes mostraba ser de
anjes tundido que de lana. Que-
dica a estos dos lechos el del arriero,
fabricado, como se ha dicho, de

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran de colores, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor de esta historia, que de este arriero hace particular mención porque le conocía muy bien, y aún quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamete Benenfeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échade bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores freres, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por desuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de Talante de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuenta los hechos del conde Tamillas, y con qué puntualidad lo describen todo!

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo premio,

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentían el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las supas, tenía los ojos ciegos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía.

Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros de aventuras de su desgracia, le trujo a la imaginación unas de las extrañas locuras que suensamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su fealdad, se había enamorado de él y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se había fabricado por firme y verdadera, se comenzó a acuitar y a pensar en el

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

peligroso trance en que su honestidad se
 había de ver, y propuso en su corazón de
 no cometer alevosía a su señora Dulcinea
 del Toboso, aunque la misma reina Ginebra
 con su dueña Quintañona se le pusiesen
 delante. Pensando, pues, en estos disparates, se
 llegó el tiempo y la hora (que para él fue
 menguada) de la venida de la asturiana,
 la cual, en camisa y descalza, cogidos
 los cabellos en una albanega de fustán,
 con tácticos y atentados pasos, entró en el
 aposento donde los tres alojaban, en bus-
 ca del arriero. Pero apenas llegó a la
 puerta, cuando don Quijote la sintió y, sen-
 tándose en la cama, a pesar de sus
 bizmas y con dobl de sus castillas, tendió
 los brazos para recibir a su hermosa don-
 cella. La asturiana, que toda recogida y
 callando con las manos delante buscando
 a su querido, topó con los brazos de don
 Quijote, el cual la asió fuertemente
 de una muñeca y tirándola hacia
 sí, sin que ella osara hablar palabra, la
 hizo sentar sobre la cama. Tentole luego

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

la camisa, y, aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraba a crines, él los marcó por hebras de luci'dísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada Pi'umbre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación, de la misma traza y modo, lo que habría leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el malferido caballero vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella no le desengañaban, las cuales pudieran hacer cometer a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. X, teniendo la bien usada, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

- Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tanta merced como la que

CAPÍTULO DÉCIMO SÉXTO

con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no causa de perseguir a las buenas, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra fuera imposible. Y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sadio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote y estuóse quedo hasta ver en qué perreaban aquellas razones que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejeaba

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

por desasirse y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo a cabo. El lecho era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero y luego imaginó que debían ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y, encendiendo un candil, se fué hacia dónde había sentido la pelaja. La mora, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El Ventero entró diciendo: -¿A dónde estás, Puta? A buen seguro que son tus cosas éstas. En esto despertó Sancho y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía que tenía la pesadilla y comenzó

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber el sueño de quién, alzándose como pudo, se abrevó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armoria. Y así como suele decirse «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que el ventero se les apagó el candil, y, como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto, que adquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

Alojaba acaso aquella noche en la ventana un cuadrillero de los que llaman Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró a escuras en el aposento, diciendo:

— ¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole a tienta mano a las barbas, no cesaba de decir:

— ¡Favor a la justicia!

Pero viendo que el que tenía asido no se bullca ni meneaba, se dio a entender que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

— ¡Ciérrese la puerta de la ventana! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retirose el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su rancho; solo las desventuradas don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y salió a buscar y prender los delincuentes, mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró a su estancia, y fuele forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

14

CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo.

Había ya veuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando estaba tendido en el ual de las estacas, le comenzó a llamar, diciendo:

- Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

- ¡Qué tengo que dormir, pesia a mí - respondió Sancho. lleno de pesadumbres y de despecho -, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

- Túédeslo creer así, sin duda - respondió don Quijote -, porque o yo sé poco o este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

- Sí juro - respondió Sancho.

- Dígolo - replicó don Quijote - porque soy enemigo que se quite la honra de nadie.

- Digo que sí juro - tornó a decir Sancho - que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y plega a D'los que lo pueda descubrir mañana.

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

- ¡Tan malas obras te hago, Sancho - respondió don Quijote -, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?
- No es por eso - respondió Sancho -, sino porque soy enemigo de guardar muchas cosas, y no querria que se me pudiesen de guardadas
- Sea por lo que fuere - dijo don Quijote -, que más fco de tu amor y cortesía; y, así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco ha que a mí vino la hija del señor de este castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede nacear. ¿Qué te podría decir ~~de~~ adorno de su persona? ¿Qué de su gallegando entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar el fe que debo a mi señora Duquesa del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Solo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá, y esto es lo más cierto, que como tengo dicho es encerrado este castillo